

En el país de los Hijos del Cielo.

EL PUEBLO QUE SE HA DORMIDO Y NO DESPIERTA

POR M. R. BLANCO-BELMONTE

No tienen punto de contacto ni semejanza alguna los dos países más populosos del orbe. Entre India y China hay un abismo; sin que dentro de lo presumible quepa abrigar la esperanza o el temor de que se establezca un puente de unión entre los trescientos cincuenta millones de cobrizos y los cuatrocientos millones de amarillos. Son dos fuerzas que podrán actuar por divergencia, pero no coincidentemente, ni como elementos coadyuvantes. Historia, tradición, fisiología y psicología son distintas, y la religión, que representa el único nexo o punto de afinidad, es misticismo, sentimiento entrañable en el fudostán y fórmula tibialmente practicada entre los Celestes...

Así prologaba el doctor Jerónimo Meg a sus observaciones respecto a la República que sigue creyéndose Imperio.

Hong-Kong es un blasón que enorgullece a Inglaterra. Hace ochenta y cuatro años el Gobierno de la Gran Bretaña, invocando malos pretextos a falta de buenas razones, se adjudicó el peñasco poco habitado que

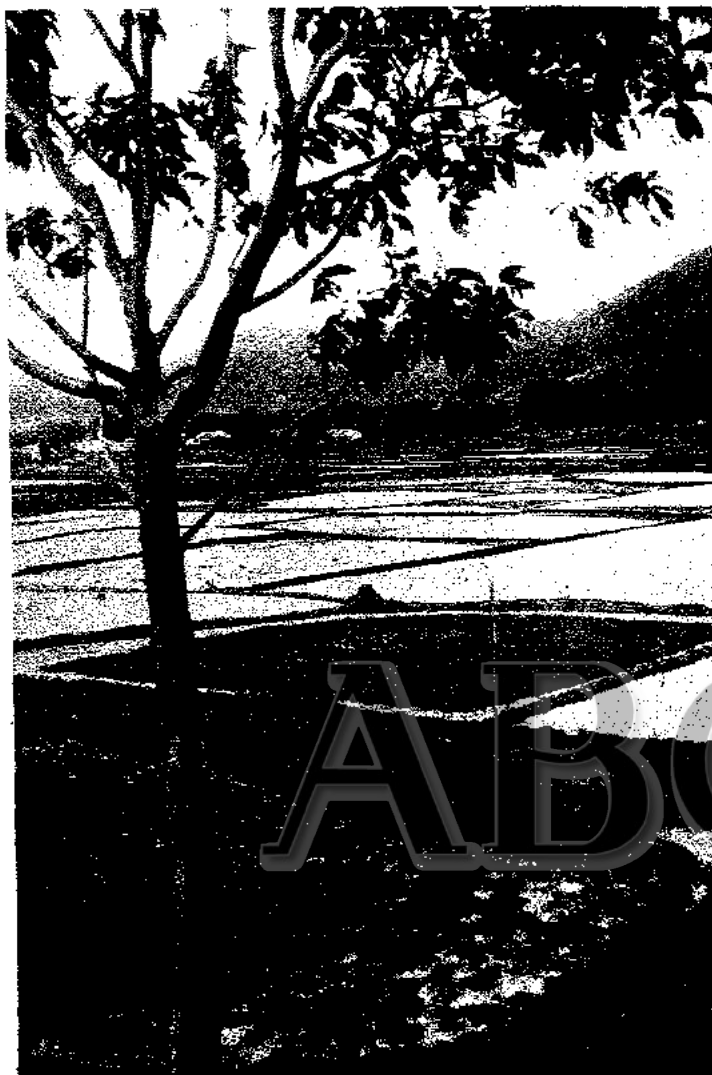
constituye la isla mayor del archipiélago que aparece en la extensísima ría formada por el cauce del Cantón o Perla al desaguar en el Océano. De esa isla peñascosa los ingleses han hecho un gran puerto y una ciudad magnífica, con más de trescientos mil habitantes, palacios, hoteles, bancos y comercios espléndidos, paseos y jardines hermosísimos, y con todas las mejoras y servicios de las urbes europeas.

La ría, siendo espaciosísima, resulta insuficiente para los innumerables barcos de vela que la surcan o que atracan en ella. Cada barco lo tripula una familia y lo manda y gobierna la madre. El marido es, a lo sumo, el segundo a bordo, y los hijos son marineros, pescadores y cargadores, todo en una pieza. Aquel cascarón de nuez constituye el hogar, nunca fijo, donde se desliza la existencia familiar, y es también el vehículo que llevará a los finados a su última tierra.

Esta población marítima aventaja en vigor y en salud a la que vive tierra adentro, y la mayor ventaja corresponde a la mujer,



LA BAHÍA DE HONG-KONG



ARROZALES EN LA NUEVA CONCESION

que, capitaneando el barco, se eleva en categoría social respecto a sus hermanas terrícolas.

Hong-Kong es una vitrina donde Inglaterra exhibe sus progresos. Para subir cómodamente hasta el Pico Victoria ha instalado un funicular; para llegar a pie o en carruaje hasta el Pico, ha construido paseos y carreteras asfaltadas, con hondas cunetas y bocas de desagüe, que evitan inundaciones y charcos en los torrenciales y frecuentes aguaceros que descargan sobre la isla; para salubridad y para recreo de la vista ha plantado millares de árboles y paga a una legión de jardineros que cuidan de que no falten flores; sostiene numerosa policía que asegura el orden, fomenta las construcciones y estimula el tráfico comercial. Los muelles y los bazares de Hong-Kong dan fe de prosperidad envidiable.

Frente a Hong-Kong, al otro lado de la ría, formando parte del Continente del Celeste Imperio, Kowloon, la Nueva Concesión arrancada por Inglaterra al Gobierno chino, ostenta ya la huella de la civilización británica: grandes muelles, saneamiento de terrenos, depósitos de agua potable, hotelitos con hermosos jardines, frecuentísimas comunicaciones con Hong-Kong, mediante vaporcitos. Agréguese los encantos del cielo, del agua y del horizonte, y se tendrá un conjunto de delicias que recuerda a la Costa Azul francesa.

El chino de Hong-Kong, en las clases rica y media, se dedica a comerciar. En la clase humilde es pescador, músico, criado, cargador o "bestia de tiro", es decir, arrastrador de *rischu*.

El *rischu* es un ligerísimo cochecito unipersonal, un chino se agarra a las varas y arranca a un trotecillo sostenido, y el vehículo vuela con rapidez que se asemeja a la de un automóvil... en mediano uso.

Hong-Kong es punto obligado de arranque para las excursiones del turista que desea asomarse un poco a China. Desde allí, remon-

tando la corriente del río Perla en un vapor, se efectúa la visita a Cantón; diez horas de navegación entre el viaje de ida y el de vuelta.

Las precauciones que se observan en el buque —necesarias, según ha demostrado la experiencia— son tales, que alarman hasta a los más despreocupados. El río está infestado de revolucionarios bandidos y de piratas que obedecen a instigaciones de políticos. Unos y otros se mueven por codicia de rapiña y por siniestro afán de crear conflictos al Gobierno, robando a los extranjeros, secuestrándolos y hasta suprimiéndolos.

Para evitar sorpresas y desmanes, pues, generalmente, los asaltos se realizan con la complicidad de malhechores que van en el barco como pasajeros, el pasaje sospechoso sufre un "cacheo" al embarcar y

seguidamente pasa a su departamento, donde queda prisionero entre rejas y custodiado por policías indo-ingleses, arma al brazo. El comandante y los oficiales del barco llevan a mano las pistolas automáticas y vigilan celosamente, dispuestos a disparar sobre el que intente desmandarse.

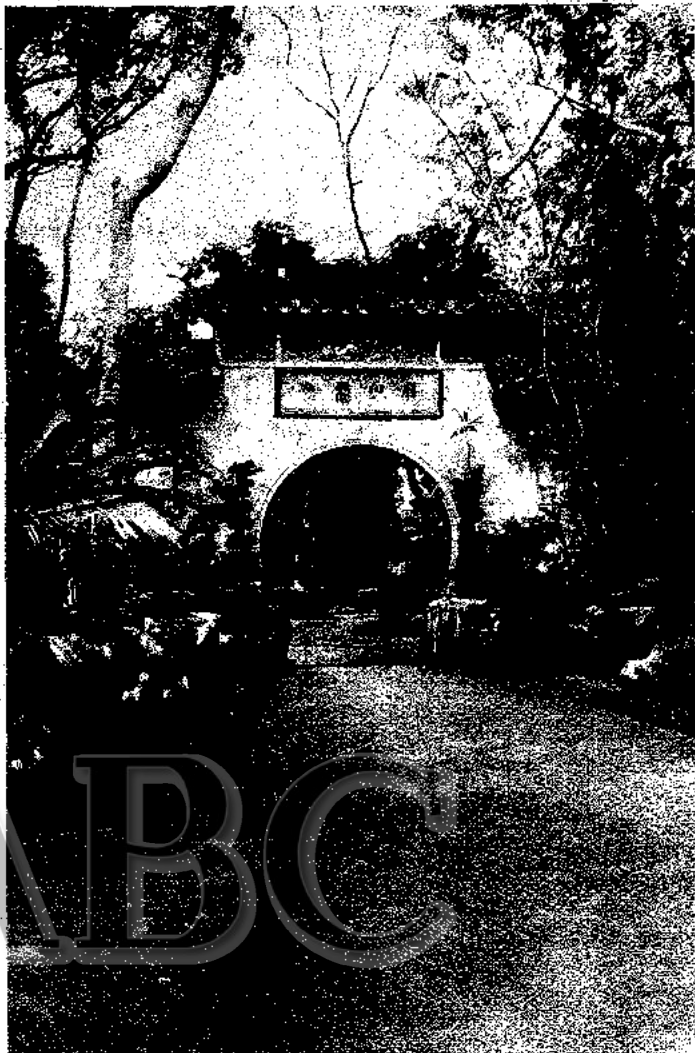
El novelista Blasco Ibañez, que un año antes que el doctor Megías dió la vuelta al mundo en el *Franconia*, dice que el viaje a Cantón le resultó casi inútil.

El doctor Megías tuvo mejor fortuna que el novelista. Encontró en Cantón una ciudad interesantísima en varios aspectos. Aquello es la incubadora de las revoluciones y desórdenes que conturban periódicamente la vida de China: aquello es también el centro en que, por tradición secular, los Celestes negocian y mantienen relación con los blancos de Europa y de Norteamérica. La parte europea de la ciudad puede incorporarse, sin desventaja, a un barrio aristocrático-comercial de Londres o de Nueva York. Los barrios antiguos, los del Cantón histórico, son tristes: las casas no ostentan lujo arquitectónico en las fachadas, constituidas por paredes sin adornos; el lujo y los primores decorativos quedan reservados para el interior.

Los templos están desiertos; en una ciudad que cuenta más de dos millones de habitantes, es raro encontrar dos docenas de fieles que rindan asiduo culto a sus creencias. La razón es muy clara: las creencias casi no existen o están amortiguadísimas; Confucio cae en el olvido; Buda pierde adeptos, y Brahma gana sectarios, pero no muy fervorosos.

El chino cree haber cumplido sus deberes religiosos con sólo entrar de vez en cuando en un templo y quemar en los pebeteros un puñado de trozos de madera aromática.

La verdadera religión del chino es el dólar o la libra esterlina; su instinto ambicioso sólo puede compararse a su flexibili-



MACAO. EL JARDIN CHINO

dad, que le hace sonreír siempre, ante el elogio como ante la injuria, ante la propina como al recibir sin previo aviso el pastonazo de un policía.

La sonrisa del chino es una mueca, un estigma de inferioridad.

Los templos de Cantón, ni suntuosos ni bien cuidados, semejan pabellones de Exposición, donde, en compartimientos o en anaqueles, aparecen por docenas imágenes de dioses o de seres dedicados. Así, no sin emoción para un europeo, el templo cantonés más importante guarda, al lado de Buda, un busto de Marco Polo.

Desde el siglo XIII el pueblo chino rinde culto respetuoso al genial explorador veneciano que, como embajador del Khan de Mongolia, llevó gérmenes civilizadores al Celeste Imperio y derramó beneficios que, al cabo de siete siglos, siguen rindiendo cosecha de gratitudes.

El comercio indígena en Cantón es pobre de escaparate y espléndido en el almacén. La cifra de negocios resulta enorme, a pesar de las algaradas de los revolucionarios. Y es notable el candor, rayano en estulticia, de ese pueblo, que todavía no se ha enterado de que lo han convertido en súbdito de una República y sigue creyendo de buena fe que pertenece a un Imperio y que tiene Emperador.

Los pasteleros cantoneses, al presentar como anuncio sus asados —gallinas y lechoncillos,— los exhiben, no ya recubiertos de gelatina, sino de una laca coloreada, de seguro comestible, que presta vistosa apariencia a los animalitos. Las gallinas semejan faisanes o aves del Paraíso, y el vulgar lechoncillo, con adornos de carmin y de cobalto, resulta ejemplar no clasificado de una fauna desconocida.

La visita a Cantón, por lo que enseña y como preparación para otras excursiones, encierra positivo interés.

En Cantón, como en Hong-Kong, hay un barrio flotante, ascendiendo a millares las embarcaciones atracadas en las riberas del Perla.

Al otro lado de la bahía de Hong-Kong, y a menos distancia que Cantón, está Macao, donde desde hace más de tres siglos se mezclan, sin confundirse, los chinos y los portugueses.

Para eterna gloria de Portugal, allí escribió Camoens *Os Lusíadas*, la gesta de los

navegantes lusos, la epopeya de Vasco de Gama.

Y en Macao, en la gruta que sirvió de refugio al magno poeta épico, se entrelaza su busto entre lápidas con estrofas del poema inmortal.

En Macao hay un chino millonario, bien educado y humorista —a juzgar por el capricho de tener y mantener catorce esposas,— que se complace en recibir a los extranjeros y en enseñarles sus jardines y su palacio. Cortésmente, no sin cierta ufania, cuida de advertir que, vista su morada, pueden considerarse vistas las de todos los chinos pudientes.

En el transcurso del viaje se comprueba que la afirmación es exacta, hasta en los menores detalles. Las mismas habitaciones, dispuestas del mismo modo y alhajadas idénticamente, forman la vivienda china. Idénticas en tejido y en dibujo —sin otra diferencia que la calidad— las sedas que tapizan los muros y los muebles: idénticas las porcelanas, idénticos los ídolos... Dijérase que los Celestes han fabricado todo en series y se lo han distribuido equitativamente, reglamentando su colocación. Acusa esto un gran respeto a lo tradicional y... una carencia absoluta de fantasía. Lo propio ocurre con los jardines: quien recorre un rinconcito verdeante y florido, con su cauce de agua, su puentecillo y su quiosco donde unos personajes toman el té o fuman, puede dar por recorridos todos los jardines chinoscos.



EL PUERTO DE SHANGHAI



ESPECTACULO DE UNA CALLE EN PEKIN

Se ha dicho y repetido que Macao es el Montecarlo de la raza amarilla, la Gran Casa de juego del Extremo Oriente. Esto es verdad muy relativa. Por la importancia de las cantidades que se atraviesan en los numerosos garitos que allí funcionan, Macao no puede igualarse a Montecarlo. Además, en Montecarlo el juego se efectúa en un palacio donde sólo tienen entrada personas bien vestidas y correctas, mientras que en Macao los círculos de "recreos mayores" son casas medianas y menos que medianas, donde se congregan comerciantes y personas educadas codeándose con marineros y faquines. En uno de esos Casinos actuaba de banquero, en un juego de azar muy parecido al de pares y nones, un hombre en camiseta. Los miles de dólares se iban y volvían o no volvían, sin que el banquero revelase emoción. Y con aquel banquero despechugado alternaban chinos mejor o peor vestidos y algunas damiselas chinas muy pintadas y muy ataviadas.

Macao tiene, además del no envidiable privilegio de atraer a los jugadores, el de ser el centro de contratación y de expedición del opio. El uso y el abuso de esta droga —digan lo que quieran algunos— ha ayudado a la degeneración de la raza, de esa raza que ha contagiado a Europa de la afición a los estupefacientes, preparando así el desquite amarillo sobre los "demonios blancos".

En Hong-Kong, antes de salir para Shan-

ghai, el doctor Megías experimentó una emoción españolísima. A bordo del *Franconia* recibió la visita del R. P. Noval, superior de la Residencia que los Hijos de Santo Domingo de Guzmán tienen establecida en Hong-Kong. En esa Residencia —que es Sanatorio de misioneros y Seminario de misiones,— situada frente a la mar, en mitad de la ladera que tiene por remate el Pico Victoria, el nombre de España sonó como una caricia en los oídos del invitado a un almuerzo íntimo, a un almuerzo clásicamente español, donde el Rioja, el Jerez y el Cazalla se escanciaron en obsequio del huésped.

Y al alejarse el buque de Hong-Kong, hasta los que no simpatizan con la Gran Bretaña, se inclinán con respeto ante la labor que en un peñasco ha realizado esa nación, labor que hoy se extiende soberbiamente a su nueva concesión.

Shanghai, por la importancia de su puerto, sólo puede compararse a Londres; por su alegría bulliciosa, recuerda a una población en Carnaval; por la abundancia de riqueza, evoca a una capital norteamericana.

En magnificencia, en higiene, en policía urbana rivalizan, sin sacarse ventaja —acaso aventajarse es imposible,— las concesiones británica y francesa. Francia defiende allí el prestigio de sus intereses actuales en el Extremo Oriente; Inglaterra atiende a su presente y, tanto o más, a su porvenir.



UNA GALERIA EN EL JARDIN DEL PALACIO DE VERANO

Difícil es profetizar quién sobrepujará a quién; pero, aun siendo valores considerables los impulsos del amor propio nacional, son fuerzas irresistibles la paciencia, la perseverancia y el método.

La influencia europea se ha dejado sentir hasta en el barrio indígena. El chino de Shanghai, por convicción o por mimetismo, se ha puesto a tono con el diapasón europeo, y, en vez de limitarse a sonreír, ríe francamente y tolera o acepta las prácticas de la higiene, y... sobre los vicios y defectos propios, adopta los de los blancos.

El mejor hotel de Shanghai está instalado en un palacio prodigioso; lo construyó un chino que a ese precio conquistó el cariño de una europea. El enamorado y la amada murieron, y el palacio es hoy el Hotel New Majestic.

TAKU.—Corre el tren atravesando una

llanura interminable. De trecho en trecho resplandecen con blancura cegadora las pirámides de las salinas, y al lado, en la campiña cultivada, elevanse montones de tierra: tumbas. El chino vive esperando la muerte: sus primeros ahorros son para adquirir un buen ataúd; seguidamente economiza, sobre todo si está expatriado, para los gastos del traslado de su cadáver al nativo suelo, y el difunto queda colocado en el campo y sobre el ataúd se acumula tierra hasta formar el montículo que resguarda al ataúd. Y ya aquel terreno se convierte en propiedad del cadáver y nadie es osado a tocarlo por el temor supersticioso de provocar la ira y la venganza del alma del difunto. El labriego rotura el terruño, siembra y cosecha rozando la tumba; pero sin llegar a ella.

Y los montones de tierra son millares y cientos de millares en la llanura de Takú, y como allí, en toda la vastedad de China.

Podrá discutirse la mayor o menor belleza de Pekín; pero no se discuten su interés ni el atractivo de sugestión que ejerce. Mientras más tiempo se permanece en él, mientras la mayor o menor belleza de Pekín; pero no se discuten su interés ni el atractivo de sugestión que ejerce. Mientras más tiempo se permanece en él, mientras

más se le visita y se le escudriña, se afirma con mayor fuerza la impresión de que la fisonomía y la expresión de la fisonomía de la capital no corresponden a lo que ocultan: ideas, sentimientos o simplemente instintos. Detrás de un paredón deslucido y polvoriento, y a continuación de un descuidado patinillo, surge un palacio guardador de sedas, lacas y porcelanas valiosísimas. Al patio de un casucho abren cuatro o seis puertas correspondientes a tiendas; lo que en ellas se exhibe a primera vista vale muy poco; pasados algunos minutos, se necesitaría una fortuna considerable para pagar las maravillas que va extrayendo y desempaquetando el mercader. Sonríe el chino, mandarín o cargador, y nadie sabe si aquella sonrisa es resignación, gratitud o máscara que oculta un propósito ven- gativo.

De Pekin —como de la Roma cesárea— cabe afirmar: Pekin *méndax*. Sí; Pekin miente; con muchísima cortesía, miente.

Su actividad es forzada y falsa; su arte es la repetición de un arte creado hace dos mil años y al cual nada ha añadido la imaginación. El chino es un copista perfectísimo, que repite exacta y constantemente los mismos modelos, los mismos temas, los mismos colores, las mismas gradaciones de matices.

En Pekin todo es ayer, un ayer secular; de ayer son las robustas murallas, de ayer son los palacios y los edificios de sus tres ciudades, la prohibida o imperial, la china y la tartara, que en realidad se han ido confundiendo.

Y a veinte kilómetros de estas tres ciudades está el Palacio Imperial de verano, que es, de hecho, otra ciudad poco habitada.

El edificio principal, en los salones que se dedicaban a las solemnidades de Corte, acumula en gran escala todas las magnificencias del arte suntuario de la China de ayer.

El lago que ocupa el centro del parque se dilata en extensión de muchos kilómetros, encauzado en mármol, ceñido por elegantes galerías, engalanado por pabellones, flanqueado por templos y palacetes multicolores, poblado por cisnes de nieve y por áureos peces, embellecido por caprichosos puentes y blasonado por el famoso "barco de mármol"; el barco es un bloque, labrado en forma de buque, que sirve de base a un pabellón, también de mármol.

No alcanza la mirada a abarcar los linderos del parque. Allí, en una colina, está la pagoda de los Diez mil Budas; allí resplandecen las techumbres de numerosos templos; allí, en lo alto de trescientos peldaños, descuella una pagoda, trono de tres Budas enormes, de veinte o treinta metros de altura.

En el recinto de Pekin, donde los templos y los palacios son punto menos que innumerables, señorea el Templo del Cielo, ro-



ENTRADA AL TEMPLO DEL CIELO

deado de jardines y de construcciones subalternas.

Tres torreoncetes, en lo alto de las escalinatas, sustentan el altar donde el Emperador presentaba las ofrendas a los espíritus celestiales. El templo, sustentado por columnas de laca, asombra, más que por sus proporciones, por el primor paciente del exorno de sus paredes y de su bóveda: diez, quince, o veinte tipos de flores y un tema decorativo inspirado en el dragón, multiplicados por mil o por diez mil, para repetirse en series con esa minuciosa fidelidad característica del pueblo chino.

Anualmente celebran las fiestas de Confucio; dentro de su solemnidad religiosa son conmemorativas y representan el homenaje tradicional tributado a un filósofo que no logró enseñar a pensar ni a sentir; pero que legó máximas y preceptos mora-

les, que los Cielos aprenden y saben, aunque no los cumplen.

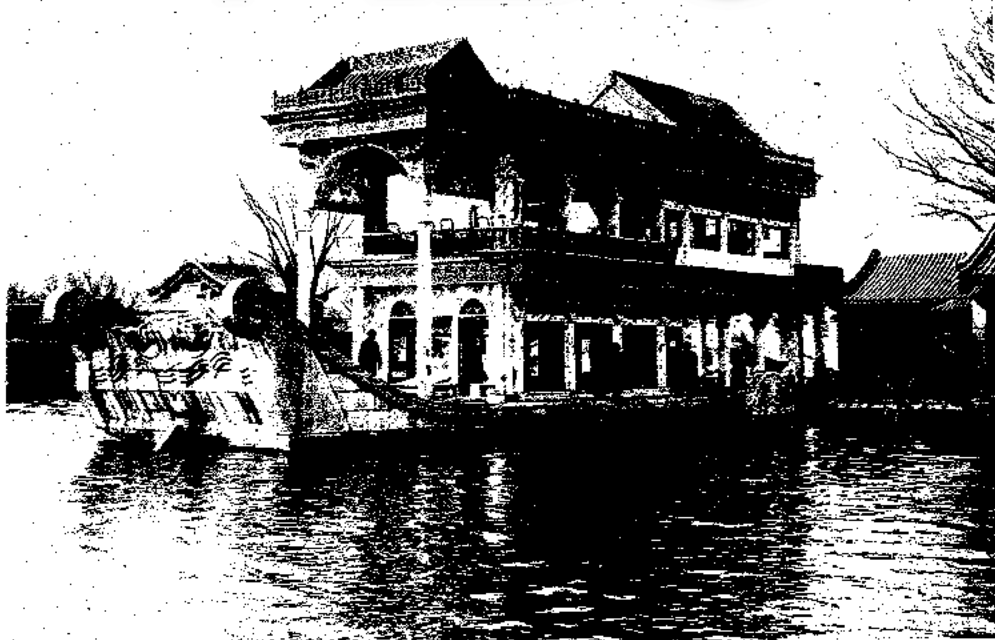
La Ciudad Imperial o ciudad prohibida está cuidadosamente custodiada y fortísimamente murada. Las murallas de China sobrepasan en grosor y en reciedumbre a las que defendían a Babilonia; si por estas últimas podía rodar un carro de guerra, en las pekinesas pueden establecerse campos de deporte. Tras la coraza pétrea de la ciudad prohibida aparecen patios vastísimos y jardines descarnados, y en ellos se asienta la Residencia del Presidente de la República y veinte palacios más. En el palacio principal —con patios donde caben regimientos, con cauces de agua que son ríos y con terrazas de mármol que dominan todo el caserío de la capital— se amontonan los prodigios creados por la China antañona, por aquella China que tenía imaginación y que vivía en relativa actividad. Desde hace muchos años China se ha dormido, y es inútil pretender despertarla; sigue durmiendo, quiere dormir; su fantasía se agotó; conserva sólo el instinto de copista y el de agenciarse dinero. No aspira a reconquistar grandeza, ni le importa perder la que aún tiene por tradición; falta de fe y de esperanza en sí y en los demás, se asemeja a esos ancianos octogenarios o nonagenarios que, egoístamente, anhelan sólo "seguir viviendo".

En uno de los veinte palacios —por completo iguales en su exterior y en el inte-

rior— vive cautivo el juvenil Emperador con su esposa y con sus favoritas. La gente no le ve ni sabe exactamente el pabellón que ocupa. Sabe que vive, y esto es lo importante; tan importante como que la autoridad y acaso la existencia del Presidente de la República dependen de la vida del Emperador. Salvo unos cuantos revolucionarios y políticos de oficio, China no se ha enterado de que es República. Se enteró y se enteró de que un hombre manda en nombre del Emperador, lo mismo que antes; si el Soberano desapareciese, el mandatario carecería de autoridad. Y el mandatario se presta a esta ficción, tal vez porque conoce la mentalidad rudimentaria de su pueblo.

Los palacios, pabellones, y, en general, todos los edificios chinos, no ofrecen aristas ni salientes en sus techumbres y remates. Se encorvan, se retuercen, se inclinan para que los espíritus no tropiecen, ni se enganchen, ni se hieran al pasar volando. Es la arquitectura de una raza que siente el temor en lo terrenal y hasta en lo supersticioso.

En pabellones de la ciudad prohibida están instalados los Museos Imperiales. Su riqueza en porcelanas, sedas, armas, lacas, broncees esmaltados y muebles raya en lo hiperbólico. Y, sin embargo, aquellos tesoros son despojos y sobrantes del saqueo que hace veinticinco años realizaron las tropas de naciones civilizadas cuando intervinieron en la revolución. Por lo que



EL BARCO DE MÁRMOL, EN EL PALACIO IMPERIAL DE VERANO (PEKÍN)



PUENTE EN EL PALACIO IMPERIAL DE VERANO (PEKIN)

subsiste puede afirmarse que el Museo, que todavía es insuperable en su género, era colección única, reunida a través de miles de años y salvajemente deshecha para siempre.

Cupo al doctor Jerónimo Megías la satisfacción excepcional de vivir un momento que acaso influya decisivamente en la historia de la Humanidad. Su estancia en Pekín coincidió con la del Buda viviente, Gran Lama del Tibet, en el que se consideraba encarnado el espíritu de Buda. Cuando fallece el pontífice tibetano, su alma —el alma del dios— se traslada al cuerpo de un niño recién nacido, y Buda continúa viviendo. El Gran Lama actual encarnó en un parvulito el año 1875.

Para cumplir una misión "providencial" este Buda —apartándose del ritual hasta ahora observado en Lassa— se deja ver de los mortales. Su misión consiste en unir a los pueblos afines por el vínculo de la religión, procurando coincidencias y suprimiendo diferencias no esenciales entre brahmanistas, mahometanos, budistas, lactistas, confucistas, taoístas, sintoístas... y demás pobladores de Asia, África y Oceanía. Esa unión daría por resultado agrupar bajo una autoridad espiritual a más de mil millones de criaturas. Si el intento se lograra, si el Buda viviente consiguiese convencer a esos súbditos, Europa y América desaparecerían en plazo no muy lejano: en el estrictamente indispensable para organizar

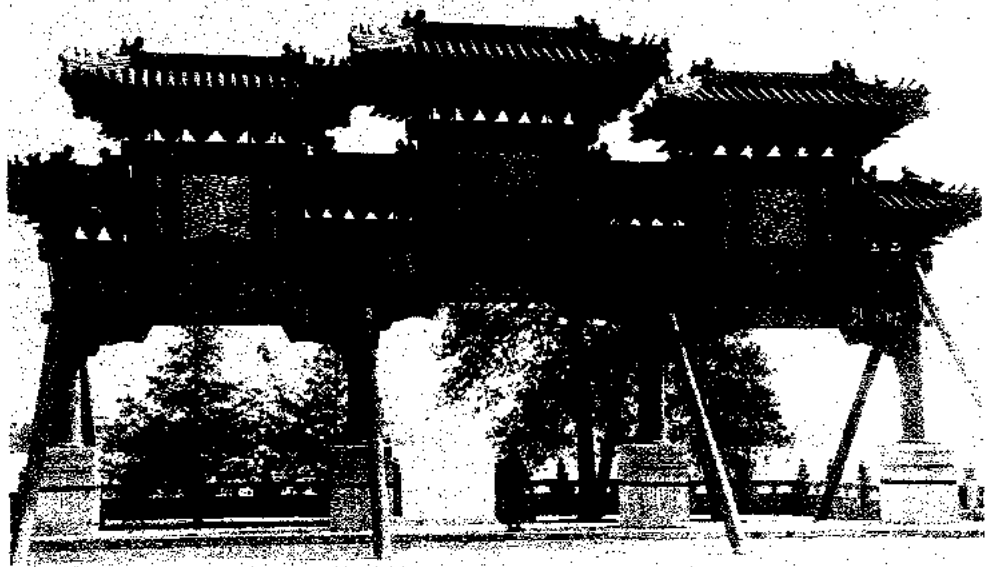
como potencia dinámica esa masa abrumadora de Humanidad, hoy indiferente e inactiva.

El Buda —aun contando Pekín con un templo del Gran Lama— concedía audiencia y recibía homenaje en el Palacio de la Presidencia. Cobrizo, de corta estatura, fuerte, con los ojos ocultos por grandes antiparras, con el rostro frecuentemente desfigurado por contracciones nerviosas, vistiendo sencillo traje obscuro, el Gran Lama acogió cortésmente a los contados extranjeros que tuvieron la suerte de ser admitidos a su presencia. Un profesor norteamericano saludó en sánscrito al Buda, y éste se puso de pie y se inclinó una, dos, tres veces; así bendecía a sus visitantes. Dejé admirar y, sin pronunciar palabra, miré salir a los extranjeros.

Y hasta los menos reflexivos salieron silenciosos. Tras del enigma del Gran Lama está lo porvenir del mundo.

Más que la visita al Palacio de invierno, más que el paseo al barrio de las Legaciones, más que el examen de los comercios... —incluso los de pompas fúnebres,— más aún que la contemplación de los lejanos palacios-sepulcros donde yacen los emperadores de la centuria décimotercera, los Ming, interesa el término de la postrera etapa: Mongolia y la Gran Muralla.

De la Gran Muralla puede formarse idea con pensar en los datos que aparecen en



PORTADA A ORILLAS DEL LAGO, EN EL PALACIO DE VERANO (PEKIN)

todas las guías: abarca seiscientas leguas de extensión, la flanquean más de veinte mil torres rectangulares, fué edificada, hace veintitrés siglos, en plazo de ocho años, y en su construcción pereció cerca de medio millón de hombres. La muralla es doble, y entre sus dos paredones roqueros se abre un camino ancho. Más allá estaba el mundo pavoroso: desiertos, hombres salvajes y depravados, mongoles, tártaros... enemigos. Para defenderse y resguardarse de invasores se alzó esta fortificación imponente, obra magna del trabajo humano, superior a las Pirámides, superior a toda labor conocida, empresa ciclópea realizada por hormigas.

China se amuralló para dormir tranquilamente. Durmiendo continúa.

Pero por las puertas de la Gran Muralla han entrado y siguen entrando los mongoles, fuertes, sanos, activos, limpios de prejuicios tradicionales, henchidos de espíritu peleador.

Poco a poco se efectúa la cruz, y los

amarillos históricos, en la parte del Norte, se regeneran físicamente. Para la regeneración total se necesitan siglos y se necesitaría que la fecundidad china se aplicase a la cruz, suprimiéndose los enlaces entre los pertenecientes a la raza vieja.

Difícil es; pero no imposible. Acaso está en ello la restauración del pueblo que fué grande y dejó de serlo, y acaso esa restauración constituyese la sentencia de muerte de Occidente.

Mientras ello sucede o no sucede —afirmaba el doctor Megías,— China debe grandes beneficios a Inglaterra y debe gratitud infinita a Europa y al Catolicismo. Sólo Dios puede llevar la cuenta de las vidas infantiles y de las almas que han salvado las abnegadas misiones.

M. R. Blanco Belmonte

(FOTOS DEL DR. JERONIMO MEGÍAS)

